

SALVAJES Y SENTIMENTALES

Letras de fútbol



Javier Marías

«Como viejo aficionado al fútbol, incluso cuando no estaba de moda entre la intelligentsia, yo le agradezco a Javier Marías este libro que ha reavivado mis recuerdos». MIGUEL GARCÍA-POSADA, *El País*. El vínculo entre literatos y fútbol no es cosa reciente. Camus y Nabokov fueron porteros en su juventud, y el primero afirmó que todo lo que sabía de la moral humana lo había aprendido del fútbol. Javier Marías es otro de los autores que nunca ha negado su afición, y que incluso jugó de extremo izquierdo cuando era niño. Este deporte ha sido el tema de muchos de sus artículos y de varios de sus cuentos, un territorio mítico donde recuperar la infancia, un lugar en el que las ambigüedades no tienen cabida. El fútbol, a ojos del niño Javier, y de cualquier niño, es un desfile de héroes y villanos, una gesta épica que le ayuda a aprender valores básicos de la vida. A los del adulto, es una demostración de temple y carácter, de sacrificio y solidaridad. Es sentimiento, recuerdo y nostalgia, sobre todo nostalgia. Javier Marías (Madrid, 1951) es quizá el escritor español contemporáneo más admirado fuera de nuestras fronteras. Es autor de una inmensa obra novelística, pero también ha cultivado el relato, el articulismo, el arte de la antología, la semblanza y la traducción. Más de una docena de premios internacionales avalan su carrera literaria. Edición y selección de Paul Ingendaay.

*Para mi amigo
Eduardo «Metropolitano» Calvo,
maldito y asqueroso colchonero*

*Y para mi querida
Carme López M,*

Prólogo

Dijo Albert Camus que cuanto de importante sabía acerca de la moral humana lo había aprendido en el fútbol. En 1930 el escritor francés jugó de portero en el Racing Universitaire de Argel. Cuando diez años más tarde se trasladó definitivamente a París, hubo de buscarse un nuevo club, esta vez no como guardameta, pues su tuberculosis había dado al traste con cualquier ambición personal deportiva, sino como aficionado. Camus se inclinó por el Racing Paris porque sus jugadores vestían la misma camiseta (azul con rayas blancas) que los de su antiguo equipo argelino. Con el tiempo caería además en la cuenta de que ambos equipos compartían también su carácter excéntrico, como él decía: perdían partidos que, «científicamente», deberían haber ganado.

A Camus le gustaba hablar de fútbol. Javier Marías escribe de fútbol, más de lo que sería de esperar en el autor de nueve novelas, dos volúmenes de relatos, siete colecciones de artículos y ensayos y numerosas traducciones, que van desde *Tristram Shandy* de Sterne hasta los poemas de Nabokov. ¿Cómo lo consigue? La respuesta podría encontrarse en una anotación de su puño y letra impresa en tinta azul sobre el margen del primer texto futbolístico de su libro *Vida del fantasma* (Madrid, 1995): «Pocas cosas me han hecho tanta ilusión en los últimos años como que me pidieran escribir sobre fútbol de vez en cuando: un descanso».

En este caso el descanso no debe confundirse con dejadez o con una actitud frívola. Al contrario: como cualquier aficionado de ley, Marías se toma el fútbol muy en serio.

«Descanso» podría significar más bien que el autor escribe desde el núcleo, allí donde las cosas están claras y él se siente seguro de sus pasiones y de sus recuerdos. Porque ya de niño era del Real Madrid, y en los últimos años cincuenta vivió los triunfos de Di Stéfano, Puskas y Gento; y la Liga sigue siendo para Marías, pese a todas las decepciones, «la recuperación semanal de la infancia». Por ello, las cuarenta y dos piezas aquí reunidas no son sólo brillantes artículos y ensayos breves, sino entusiasmos, polémicas, moralidades y nostalgias narradas con el tono propio de la literatura confesional.

Este libro trata del fútbol en España y del fútbol en el mundo, de jugadores y aficionados, entrenadores y presidentes, de triunfos tanto como de derrotas y penosas situaciones. Marías se pregunta, por ejemplo, por qué, como ciudadanos, no somos capaces de sentenciar con tanta rapidez e instinto tan certero como cuando somos espectadores de un partido de fútbol; por qué el mismo gesto, la misma lágrima pueden parecer en el campo sublimes o ridículos; qué habría ocurrido si los ochenta mil espectadores del estadio de Chamartín no hubieran guardado pacientemente la calma tras el desplome de una portería que retrasó más de una hora el inicio de una semifinal europea; y por qué los presidentes de los clubs se consideran imprescindibles pese a que nadie compraría nunca una camiseta con su nombre. El autor analiza el patriotismo oblicuo o desenmascarado, las diferentes maneras de celebrar los goles, los himnos nacionales y el pasado pasivamente republicano de su club favorito. Se pronuncia contra las calvas y las perillas sobre el terreno de juego, pero no contra las barbas de chivo. En suma, Marías entiende este deporte como un interminable desfile de héroes, villanos y figurantes, un espectáculo tan susceptible de ser tomado en serio como el cine, con el que comparte muchas leyes de dramaturgia.

Al leer estos textos como conjunto, me llamó la atención que Javier Marías desvelara en ellos más de su vida que en todas sus novelas juntas. Aquí renuncia a las máscaras, desde las cuales los nebulosos narradores de sus ficciones observan el mundo, y evita las ambivalencias morales que son el secreto más profundo de sus libros. La razón podría estribar en que sus escritos sobre el fútbol están siempre ligados a su infancia, y tan íntimamente que sólo le cabía ser sincero o callar del todo. Así, sabemos de sus lecturas tempranas y de sus primeros pasos literarios; de la familia Marías al fondo de estos episodios futbolísticos, por ejemplo de Fernando, uno de sus hermanos mayores, que construyó porterías de madera con la red hecha de gasa para jugar a las chapas; y de los veraneos de tres meses en Soria, que son el origen de su perdurable simpatía por la más pequeña capital de provincia española y de su club, el Numancia, por aquel entonces en Tercera División. (En su *Ensayo sobre el jukebox*, el escritor austriaco Peter Handke relata una visita invernal al estadio numantino).

Quienes escriben con regularidad sobre fútbol reconocen el carácter efímero de sus textos; la temporada siguiente borra la que acaba de terminar y la hace perderse en un rápido olvido. Al mismo tiempo saben que sus crónicas y artículos se leen con una avidez de la que no pueden presumir ni la sección de política ni la de cultura de un periódico. Mucho antes de haber visto a Johann Cruyff por primera vez en televisión, yo sabía que su elegancia en el manejo del balón era única, porque de niño había leído innumerables veces las noticias sobre los tres triunfos del Ajax de Amsterdam en la Copa de Europa. Por ello, las historias que cuenta el fútbol son actualidad y a la vez todo lo contrario. Atesoran momentos de nuestra vida que brillan por encima de muchas otras cosas de nuestro pasado, sumidas en el olvido como la visita dominical de una tía que nos resultaba antipática.

La mayoría de los textos aquí recogidos, escritos entre 1992 y 2000, fueron publicados primero en el diario *El País* o en el suplemento dominical *El Semanal*. La idea de formar con ellos un volumen coherente y autónomo fue de la editorial alemana Klett-Cotta, y así la edición en esta lengua salió hace unos meses bajo el título *Alle unsere frühen Schlachten* (Stuttgart, 2000). Fue curioso y emocionante ver con qué seriedad, con qué ardiente interés mis compatriotas alemanes y mis colegas austriacos y suizos, que desde hace años aprecian mucho al Javier Marías novelista, se lanzaron sobre este libro de modestas piezas futbolísticas. En las primeras ocho semanas aparecieron más de cuarenta reseñas o entrevistas, tanto en los más importantes diarios y semanarios como en periódicos locales de poblaciones remotas. Y estos lectores, compatriotas y colegas míos tan serios, estaban por lo visto muy satisfechos y encantados. Especialmente encantadas estaban las mujeres, que hasta entonces nunca habían entendido nada de fútbol ni, por tanto, habían comprendido nunca qué demonios encontraban en ese juego sus maridos, hermanos, padres, amigos y amantes: señal esta de que no tiene tanta importancia la religión como el talento del misionero.

Madrid, abril de 2000

PAUL INGENDAAY
(traducción de Stefan Schlaefli)

La recuperación semanal de la infancia

El escritor Guillermo Cabrera Infante detesta el fútbol. La escasa tradición cubana en este deporte podría justificarlo, pero sus más de veinticinco años en Inglaterra anulan tal explicación. Recuerdo su cólera y sus denuestos cuando ocurrió la tragedia de Heysel. Apartándose por una vez de Nabokov, que fue guardameta en su exilio de Cambridge y hasta el final de su vida gustó de ver partidos por televisión, no culpaba a los hinchas del Liverpool, sino al propio deporte: «Ese juego nefasto», decía, «incita a la violencia porque es violento en sí mismo: se juega con los pies, y pocos movimientos hay tan feroces como el que supone dar una patada». Es curioso que, en cambio, en Estados Unidos el fútbol no haya prosperado porque allí se lo considera demasiado lento y blando, una práctica propia de señoritas. Y en efecto, cuando estuve unos meses en la Universidad exclusivamente femenina de Wellesley College, el deporte preferido de las alumnas no era otro que el arte de Di Stéfano, para mi gran sorpresa. Claro que allí podía deberse a la influencia del propio Nabokov, que pasó por el lugar en los años cincuenta y quizá instauró la tradición.

Lo que sí sé es que no hay deporte que más angustie, cuando es angustioso. Es más, en mi caso particular confesaré que es de las pocas cosas que me hacen reaccionar hoy en día de la misma manera —exacta— en que reaccionaba cuando tenía diez años y era un salvaje, la verdadera recuperación semanal de la infancia. Hace un mes llegué a asustarme: al carecer de descodificador en mi televisión, hube de seguir la última jornada de la Liga española por ra-

dio, como en la postguerra y aun después. Tal vez fue eso lo que me retrotrajo con demasiada vehemencia a los años más indómitos de mi niñez, pero lo cierto es que cuando, acabados los partidos, mi editor *culé* me llamó con el himno del Barça como música de fondo y dispuesto a hacer bromas de las que —siempre entre risas y sin asomo de ceño— nos gastamos doscientas a lo largo del mes, le anuncié muy serio que ya no podría publicar nunca más con él; y no sólo eso, sino que dudaba que volviera a pisar Barcelona (ciudad que me encanta y en la que viví) y desde luego no pondría jamás pie en Tenerife. Me salió el *hooligan* que todos los aficionados llevamos dentro.

Por suerte todo se me pasó al cabo de unas horas —pero no menos—, porque el fútbol soporta una maldición que a la vez es la salvación de jugadores, entrenadores y forofos compungidos por una derrota. Se trata de una actividad en la que no basta con ganar, sino que hay que ganar *siempre*, en cada temporada, en cada torneo, en cada partido. Un escritor, un arquitecto, un músico pueden sestear un poco tras haber hecho una gran novela, un maravilloso edificio, un disco inolvidable. Pueden no hacer nada durante un tiempo o hacer algo menor. Entre los primeros, que son los que más conozco, los hay que han pasado a ser buenos por decreto y hasta el fin de sus días gracias a una sola obra estimable escrita cincuenta años atrás. En el fútbol, por el contrario, no caben el descanso ni el divertimento, de poco sirve tener un extraordinario palmarés histórico o haber conquistado un título el año anterior. No se considera nunca que ya se ha cumplido, sino que se exige (y los propios jugadores se lo exigen a sí mismos) ganar el siguiente encuentro también, como si se empezara desde cero siempre, analogía del resultado inicial de todo partido. A diferencia de otras actividades de la vida, en el deporte (pero sobre todo en el fútbol) no se acumula ni atesora nada, pese a las salas de trofeos y a las estadísticas cada vez más apreciadas. Haber sido ayer el mejor no cuenta ya hoy, no digamos

mañana. La alegría pasada no puede hacer nada contra la angustia presente, aquí no existe la compensación del recuerdo, ni la satisfacción por lo ya alcanzado, ni por supuesto el agradecimiento del público por el contento procurado hace dos semanas. Tampoco, por tanto, existen durante mucho tiempo la pena ni la indignación, que de un día para otro pueden verse sustituidas por la euforia y la santificación. Quizá por eso el fútbol sea un deporte que incita a la violencia, como decía Cabrera: pero no por las patadas, sino por la angustia. A cambio hay que reconocer que tiene algo inapreciable y que no suele darse en los demás órdenes de la vida: incita al olvido, lo que equivale a decir que a lo que no incita nunca es al rencor, algo que se aprende sólo en la edad adulta.

Oasis

Que el verdadero equipo de Madrid es el Real Madrid y los demás son impostores lo prueba el hecho de que algunos barcelonistas lo odian hasta el punto de preferir perder si también pierde el Madrid antes que ganar si también gana su particular Innombrable. Por eso, supongo, han vivido tantos años instalados en la derrota, su verdadera meta y lo que les permite poner en práctica su mayor afición: la Queja. Tanto ellos como los seguidores de los demás equipos tratan de justificarse pensando que al odiar al Madrid odian a Franco y a los gobiernos todos (bueno, a todos menos al de la Generalitat catalana). Pero al igual que la ciudad es mucho más impenetrable de lo que parece y las interpretaciones que de ella hacen los forasteros son siempre turísticas y ramplonas (con Galdós el canario a la cabeza), cualquier madrileño sabe que el equipo de Chamartín es el menos derechista de nuestros clubs, tanto en el pasado como en el presente. El Madrid ha sido monárquico, pero más o menos como el diplomático Areilza, algo civilizado, algo cortés. Hoy lo dirige un hombre que fue acusado de pertenecer al KGB soviético (recuerdo la portada que le dedicó *Cambio 16*: «El hombre de Moscú», supongo que Ramón Mendoza la tendrá enmarcada), cosa de la que no puede presumir, aunque sólo sea por lo aventurero, ningún otro presidente de club. No nos han faltado jugadores activistas, como Miguel Ángel y Del Bosque, por citar a dos no muy lejanos. Y esta temporada Valdano nos otorga un abierto izquierdismo muy de agradecer. Y si hay ultras con banderas preconstitucionales en el campo y demás, me temo que

eso no es culpa del Madrid, como tampoco es culpa de Quevedo que sea forofó de su obra Francisco Umbral: uno nunca es responsable de los desgraciados amores que inspira.

Todo esto viene a cuento para explicar que, pese a la mala y falsa fama, se hiciera del Madrid en 1957 un niño de seis años nacido en Chamberí cuyo padre había salido malparado de la guerra (incluida cárcel), y que además iba a un colegio liberal, el único mixto que existía en la época aparte de los liceos extranjeros. No era un caso aislado: en ese colegio de hijos de perdedores bélicos y políticos (había sobrinas de García Lorca y nietos de Ortega, y también de perseguidos anónimos), la mayoría de los niños eran ya del Real Madrid, y en cambio el único cura, el draculino profesor de Religión, castigaba invariablemente a la clase entera los lunes si el Atleti había perdido.

El máximo responsable de aquel entusiasmo se llamaba Di Stéfano, no cabe duda. Pero había algo más: el Madrid no era marrullero ni tenía miedo, y estaba dotado de dramatismo. Parecen cosas triviales, pero en la ciudad de la infancia todo lo demás era marrullería y trataba de inspirar miedo y era sórdido más que dramático. El Madrid era un oasis como el cine de los sábados. Por eso sus incondicionales somos capaces de aguantar las derrotas, pero no a un equipo que se parezca a los otros o sea mecánico o albergue temores, porque a estas alturas de la vida las traiciones no se soportan. De la vida propia y de la vida más larga del Real Madrid.

El estilo y los nombres

El fútbol es en tantas cosas semejante al cine que quizá por eso su mundo se ha llevado rara vez a la pantalla: parecería una redundancia. Siendo un deporte de equipo, es el más generoso con sus jugadores, pues permite que se los recuerde individualmente, a pesar de los uniformes, con la misma nitidez con que uno es capaz de representarse los rostros, las figuras, los andares y nombres de los actores de cine, principales o secundarios. Cualquier buen aficionado cinematográfico ve a John Carradine o a Dan Duryea, a Jack Elam o a Strother Martin con tanta claridad como a Gary Cooper o a Henry Fonda, y cualquier aficionado al fútbol, aunque conserve en lugar preferente de su retina unos cuantos goles magistrales con la estampa de sus genios, también sabe visualizar al instante, al mero conjuro del nombre, las facciones, la carrera y la planta de cualquier oscuro defensa o sacrificado medio al que haya visto pisar un campo unas cuantas veces. El nombre trae la imagen como un fognazo, o la imagen el nombre, algunos de estos tan azarosamente admirables que cualquier novelista habría pagado por inventarlos para sus personajes: Griffa, Gensana, Marcaida, Kopa, Lesmes, Xirau, Molowny, Bettega, Glaría, Vierchowod, Rial o Strachan. Hay jugadores literariamente obligados a resumirse en un apellido de cuatro o más sílabas para estar a la altura de su leyenda, como si lo hubieran elegido a la manera de las antiguas estrellas de cine, luchando contra el olvido: no hay más resonancia en Olivia de Havilland o en Yvonne de Carlo o en Montgomery Clift que en Beckenbauer, Maradona, Butragueño, Batistu-

ta, Achúcarro, Antognoni, Zubizarreta o Di Stéfano. A aquel maravilloso argentino, Babington, le falta una sílaba, pero la compensa lo esdrújulo de su nombre.

Pero no es sólo eso, sino también una cuestión de estilo: los hombres de los equipos cambian cada pocos años, como cambian los actores cuando se hacen viejos. Y sin embargo parece que en cada club hubiera una mano invisible de un director que hiciera siempre reconocible a cada formación distinta, como resultan inconfundibles las películas de Ford o Lubitsch o Hitchcock. Y así como éstos utilizaban intérpretes diferentes pero que les eran afines (nunca John Wayne, por ejemplo, en obra de Billy Wilder), habrá jugadores que parecerán nacidos para un equipo o que nunca tendrían cabida en otro. Así, el Atlético de Madrid, cuyo estilo presagió y recuerda al de Sergio Leone (mucho tiroteo, pero al final todo se hunde estrepitosamente), está especializado en el jugador-macarra: Futre había de ser suyo y podían haber contratado a Keegan; no es raro que el fallecido Juanito procediera de sus filas, y Gárate, un noble, fue la excepción a la regla. El Barcelona, influido por las angustias vitales de Antonioni y Bergman hasta haber optado últimamente por la euforia mortal de Rambo, tuvo elencos dubitativos y en permanente crisis, como el suicida Kocsis, Marcial, Rexach y Martí Filosía. En cuanto al Real Madrid, recuerda a Hitchcock, cuyas películas se ven con el alma en un hilo pero suelen terminar bien: al Madrid, en Europa, le ha gustado a menudo tener tres goles en contra, para remontarlos; y en la Liga atraía mucho ese rumor de inquietud que antaño provocaba el Athletic de Bilbao cuando se adelantaba en el marcador. Y no se olvide que, también como Hitchcock, ha tenido preferencia siempre por las heroínas rubias: Di Stéfano, Kopa, Netzer, Velázquez, Pardeza, Prosinecki y sobre todo Butragueño siguen siendo lo más parecido que se ha visto nunca en un campo de fútbol a Grace Kelly amenazada, pero con tijeras.

Cuello de marinerito

Se dice que los madridistas no sabemos perder, y nada más cierto, no estamos acostumbrados a ello. Se puede ser de un equipo por muchos motivos (yo lo soy porque soy madrileño y no iba a ser del Atleti, qué ofensa; por Di Stéfano y por una niñera que me mentía de niño diciéndome que era novia de Gento, lo cual me lo hacía como de la familia), pero una vez decidida la preferencia eso marca y no hay quien la cambie, uno se acostumbra a ver el fútbol desde un estado de ánimo determinado, y el de los madridistas era un estado de confianza con una expectativa de lujo y derroche: no sólo se ganaría, sino que cabría el adorno y sobrarían algunos goles. Era uno de los pocos equipos del mundo cuyos forofos no temían a sus jugadores.

En los últimos años, sin embargo, uno ve los partidos con la misma zozobra con que una madre asiste a la representación del colegio en la que por vez primera intervienen sus hijos: temiendo que vayan a equivocarse, que den un traspíe, que olviden la frase o que luzcan muy feos disfrazados de pastorcillos. A los jugadores del Madrid les han puesto esta temporada un cuello azul en el uniforme que les da un aire de marineritos dominicales: mejor esa innovación que la del Barcelona, unas franjas blancuzcas que manchan sus tradicionales colores de la bandera de Liechtenstein o de no sé qué cantón suizo o quizá de Basilea, origen foráneo y minúsculo de lo *blaugrana*. Pero sus jugadores parecen seguros por no decir infalibles, mientras que uno se pasa hora y media temiendo que nuestro Buyo pierda el juicio y Nando arrolle contrarios; que Prosinecki regatee va-